

barro amasó al hombre, al Adán; mas no pudiendo darle vida, volvióse á Dios, al principio del bien, para que derramara su soplo creador sobre la faz de aquella infeliz criatura y le diese alma y movimiento. Así la dualidad, que veían en el Universo, la trasportaban al hombre, cuyo espíritu provenía del Dios del bien y cuyo cuerpo del Dios del mal. Por eso Cristo para ellos no podía ser hombre, si había de ser perfecto, pues desde el minuto mismo, en que revistiera un cuerpo humano, entraba por necesidad en la esclavitud de la carne y bajo el dominio de Satanás. Llamaban los bogomilos víboras á los sacerdotes, zorras á los monjes, trompetas del demonio á las campanas, asiento de Satanás á las iglesias, oficio diabólico á la misa, corrupcion al matrimonio; y á manera de los antiguos pitagóricos detestaban la carne y se mantenían exclusivamente de legumbres, como tantas otras sectas asiáticas, guardadoras de supersticiones tradicionales y de prácticas mágicas que daban á sus sectarios el aspecto extraño de magos y de místicos, sobre los cuales apenas se fijaría hoy la atención reflexiva de la historia si no hubieran tan soberanamente influido en los destinos del mundo occidental y preparado esa secta de los albigenses, en torno de cuyas doctrinas gravitarán dos siglos. El maniqueísmo dominaba en el siglo undécimo soberanamente por todas las regiones de Grecia. La tierra, que la ciudad de Filópolis encabeza, estaba por aquellos días henchida de armenios, y los armenios eran de los más tenaces en profesar y de los más decididos en defender las doctrinas dualistas. En vano la persecución se ensañó en ellos como tantas otras veces; lo que no pudo contra la idea el fuerte Imperio de Persia, menos lo podría aun el débil Imperio de Constantinopla. Depusieron dos Arzobispos maniqueos, degradaron á monjes de los primeros monasterios, encendieron las hogueras y en ellas abrasaron á doce apóstoles entre los aplausos de la población bizantina congregada en el Hipódromo; y nada pudieron alcanzar, porque así como las ideas mueren á los golpes morales de la contradicción, renacen á los golpes materiales de la fuerza.

La doctrina pasó el Danubio: por la Bosnia y la Dalmacia entró en la península italiana; por la Hungría entró en Alemania; dejó en Tragurio una metrópoli de secta; pobló las orillas del Adriático; tuvo un castillo apellidado búlgaro y una numerosa familia en Turin apellidada bulgare-

ños; presidió la fortaleza de Monte-fuerte; y el misterio, de que sus sectarios se rodeaban por huir á las persecuciones, añadió mayor atractivo á la secta. ¿Puede darse un camino más claro y un itinerario más seguro á las ideas? Del Turkestan donde naciera se extendió á Persia donde se difundió por las orillas del Eufrates; de las orillas del Eufrates pasó á las orillas del mar Caspio; de las orillas del mar Caspio á las orillas del mar Negro; de las orillas del mar Negro á la península de los Balkanes; de la península de los Balkanes á Hungría y á Italia; de Hungría á Alemania y de Italia á Francia. Su primitivo nombre fué el de catharos proveniente de la misma voz griega, que significa santo. Su nombre de albigenses tomaronlo de la ciudad de Albi, donde echaran tantas raíces sus doctrinas y tuvieran tantos y tan animosos sectarios. La verdad es que la doctrina maniquea, base de la secta albigense, es una doctrina dualista, producida por un movimiento greco-eslavo, como lo prueban el camino que sigue desde Dalmacia, Bulgaria y Esclavonia hácia Alemania, Italia y Francia.

Estudiando el movimiento dualista de Reims, á fines del siglo décimo; el de Aquitania, á principios del siglo undécimo; el de Chalons, á mediados de este mismo siglo; y el de Agen á principios del siglo duodécimo, échase de ver su identidad absoluta con el movimiento que hemos seguido y acompañado desde el fondo del Asia al fondo de Bulgaria y desde el fondo de Bulgaria al Mediodía de Francia. Como los maniqueos, los albigenses admiten dos principios; uno absolutamente bueno y otro absolutamente malo; como los maniqueos imputan al demonio la redacción del Viejo Testamento; como los maniqueos consideran á Cristo dotado de un cuerpo aparente; como los maniqueos abominan el bautismo, condenan el matrimonio, maldicen todo alimento de seres animados, niegan la presencia de Cristo en la eucaristía, y rehusan el homenaje de su adoración á la cruz. Si hay alguna alteración, no debe olvidarse cómo los principios se modifican en el curso de los tiempos, se alteran á la renovación de las generaciones, se someten á leyes históricas y aun climatológicas, cuando pasan de unas circunstancias á otras circunstancias, y de unas sociedades á otras sociedades, y de unas regiones á otras regiones, sobre todo, si estas regiones son aquel Langüedoc y aquella Provenza, vecinas de Cataluña y de Italia, puestas en el centro de todas las

caravanas y en el cruce de todas las naves, abiertas como á los vientos del cielo á la inspiracion de las ideas.

Hay dos dificultades para conocer á los albigenses; primera los muchos nombres que toman y los muchos disfraces que visten; segunda la desaparicion de todas sus obras condenadas por el hierro y el fuego, lo cual nos obliga necesariamente á dejarnos guiar por el criterio y el juicio de sus eternos é implacables enemigos; por aquellos, que despues de haberlos desarraigado de la tierra, han querido deshonrarlos en la humana memoria. Pues qué, ¿iriais hoy á creer lo que dicen escritores tan graves como Tácito ó tan sabios como Luciano respecto á las primitivas tribus cristianas, á sus creencias y á sus costumbres? Toda doctrina vencida resulta al fin y postre doctrina calumniada.

Lo cierto es que el Langüedoc y la Provenza se hallaban, al comienzo de la herejía albigense, en sazón suficiente y propia para recibir todas las ideas. En aquellas regiones regadas por rios regocijantes; ceñidas de mares cuyas ondas azules se esmaltan á los juegos de la luz con las espumas; perfumadas por el azahar y por la rosa; la riqueza convida con sus satisfacciones al ocio del cuerpo y al empleo del ingenio; el comercio arrastra con todos los productos todas las ideas; las escuelas judías que se establecen por las orillas del Mediterráneo esparcen las ciencias de Córdoba y los cantares de Sevilla; truécense los castillos aparejados para la guerra en aéreos palacios del amor; suenan al mismo tiempo que las guzlas y las cítaras los cánticos de los trovadores sostenidos por ligeros sentimientos y esmaltados por innumerables combinaciones de consonantes; la galantería semi-oriental y las costumbres semi-árabes traídas de la próxima Andalucía y de la lejana Palestina piden que cada esposa tenga varios caballeros y cada caballero varias mujeres; monarcas que han estado en las Navas de Tolosa declaran que hacen la guerra por amor y princesas austerísimas van á ocupar lechos de los cuales han caído repudiadas vilmente hasta cuatro mujeres; tal potentado guisa con fuego de costosos cirios los platos de su mesa y tal otro mata cuarenta caballos á los ojos de sus convidados tan solo para que vean cómo se unen á las locuras del amor las locuras del lujo; las conciencias se mueven con la ligereza de los airecillos y las sociedades se encrespan con la facilidad del olea-

je; por consiguiente la fe heredada vacilará en todos los ánimos y las herejías vendrán como enjambres de pensamientos á volar y zumbar por todos los horizontes.

Aparecian en tal estado de los espíritus los sectarios con frecuencia y ganaban las voluntades con facilidad. Waldo en Lyon suscitó los valdenses. Albi y Castres fueron bien pronto diócesis de los albigenses. Los grandes señores, corrompidos por la ociosidad, convirtieron sus palacios en escuelas de la herejía. El clero secular y regular, con ese afán de controversias que le aquejaba, corría en pos de quien ofreciera nuevas doctrinas para recogerlas y enseñarlas. Papas tan grandes como Gregorio VII, embargados por empresas tan abrumadoras como el mejoramiento de la Iglesia, no prestaban á la herejía la debida atención. El mismo San Bernardo, si la condenaba con aquella vehemencia propia de quien tenía en tanto la unidad del dogma, no la perseguía con el carácter propio de las persecuciones eclesiásticas, con la tenacidad. Los sectarios pululaban por todas partes y la secta se extendía con admirable rapidez. Parecía aquel un mundo fantástico, sobrenatural, extraño, donde un genio en delirio escribía en letras, fugaces como si fueran de fósforo, sobre un fondo de tinieblas, los problemas que más agitaban las conciencias y que más profundamente partían de los abismos insondables de la humana naturaleza. Por todas partes, y en todas las religiones, se alzan como en tropel las sectas. Los fatimitas en Egipto, los asesinos en Palestina y en Siria, los almohades en Africa, los discípulos de Maimonides en Córdoba, Abelardo en la Sorbona y en el Paraceto, Waldo en Lyon, los caballeros cantores en Turingia, Pedro de Bruis descendiendo de los Alpes á la Aquitania, los albigenses por todo el Mediodía de Francia demuestran la inquietud del espíritu humano sediento por nuevas ideas y escapándose para satisfacer su sed á los estrechos círculos en que lo encerraba la Iglesia. A mayor abundamiento la situación política del Mediodía de Francia, como la situación social, favorecía toda esta agitación de los ánimos, todo este conflicto de las ideas, que como las crisis sociales de una gran trascendencia se presentaban bajo aspectos diversos y á un tiempo mismo en todas partes. Así, ¡caso extraño! durante un largo período de tiempo, desde 1147 á 1159, los herejes no fueron perseguidos en ninguna parte. Así, en 1150 podía decir un escritor que era

universal en las tierras extendidas entre el Ródano y el Garona el odio al clero.

El gran Papa, el célebre Alejandro III, debió pensar y pensó en lo grave del mal y debió ocurrir y ocurrió prontamente á remediarlo. Sus competencias con Alemania le trajeron á Francia; y su paso por Francia le bastó para comprender toda la intensidad del incendio en que ardian los ánimos y para aperebirse á extinguirlo. En 1163, el 19 de mayo, se reunió el concilio de Tours en la iglesia de San Mauricio; y despues de haber proclamado la unidad del dogma, conjuró á los eclesiásticos para que apartaran los albigenses de la comunión de los fieles y á los príncipes y jefes de los Estados para que los castigaran con la prision y el acaparamiento de sus propiedades. Pero estas disposiciones produjeron bien poco efecto á causa de que no puede nada la fuerza de las leyes contra la fuerza de las costumbres. Dos años despues que el concilio de Tours, se congregó el sínodo de Lambers; y en este sínodo se llegó á una especie de arbitraje, como si en vez de tratarse de una cuestion teológica, se tratara de un pleito ordinario. Uno de los mayores teólogos del concilio recibió encargo de examinar á los herejes para decidir sobre su doctrina. Preguntóles, pues, si aceptaban el antiguo Testamento y dijeron que no. Preguntóles dónde estaba el fundamento de su fe, y se negaron á decirlo. Preguntóles si consideraban salvos los niños muertos inmediatamente despues del bautismo; y contestaron con el silencio. Preguntóles si un laico podia consagrar la hostia, como un clérigo, y dijeron que sí, especialmente cuando el laico fuera bueno y el clérigo malo. Preguntóles sobre el matrimonio y lo condenaron. Preguntóles sobre la confesion y dijeron que cada cual debía confesarse con quien quisiera. Despues de tales interrogaciones y de tales respuestas, no habia remedio; la doctrina quedaba sin apelacion condenada.

En esta condenacion franca y suprema no se encerraban solamente las penas espirituales anejas á toda sentencia eclesiástica, sino tambien las penas temporales propias de la confusion de la esfera religiosa con la esfera política y civil que reinaba en los tiempos de la Edad media. Y á pesar de estas excomuniones espirituales, las cuales llevaban aparejada la persecucion temporal, extendíase el maniqueismo albigense por innumerables regiones.

Dominaba la doctrina herética todo el país comprendido entre el Ródano y el Garona. Tolosa, la ciudad de las cortes de amor, aparecia como la metrópoli de la nueva idea. Seis grandes obispados fundara allí, ni mas ni menos que si tuviera ya poder coercitivo y autoridad civil. Así, no es mucho que la Iglesia universal se reuniera, y celebrara el undécimo concilio ecuménico, tercero de los reunidos en Letran. En marzo de 1179 se abrió; y trescientos obispos y veintidos cardenales é innumerables abades lo compusieron. Y su cánón vigésimo séptimo condenó á los herejes bajo el nombre de cataros, patarinos, paulicanos, albigenses. Y los condenó á la separacion de la Iglesia y á los castigos temporales; porque diz que el miedo á un dolor en el cuerpo aviva el deseo de acudir á la medicina del alma. Por fin, el hombre destinado á concluir con la herejía subió al trono de los pontífices, tomando el nombre único que competirá en la historia con el nombre de Gregorio VII, llamándose Inocencio III. Juventud en la edad, lucidez en el pensamiento, elocuencia en la palabra, exaltacion en la fe, celeridad en las acciones, deseo de afirmar el predominio político de la Santa Sede, astucia unida con vehemencia; todas estas calidades, soberanas siempre en la historia, debia dirigirlas á afirmar la propia autoridad, incapaz de prevalecer, sino despues de exterminar á los herejes. De consiguiente, concentró toda su incontrastable voluntad en contrastar la poderosa herejía. La extension de la nueva doctrina era inmensa, pues se dilataba solo en Oriente desde la orilla derecha del Danubio hasta la orilla oriental del Adriático. Hungría, Croacia, Esclavonia, Istria, Dalmacia, Albania, Bulgaria, Macedonia y Tracia contaban los herejes por millares. En Bosnia alzaban junto á sus iglesias fortalezas tan formidables como la fortaleza de Duommo. En Dalmacia, que les abria el camino de Italia, las Iglesias de Ragusa y de Zara alcanzaban una autoridad casi apostólica. Tracia ofrecia la gran congregacion dualista de Filadelfia; y Constantinopla dos ritos de esta misma creencia, uno latino y otro griego. Las riberas occidentales del Adriático no iban en zaga á las riberas orientales. Multitud de nombres indicaban las muchedumbres de sectas. Llamábanse los sectarios con tantas denominaciones que apenas pueden caber en la memoria humana; llamábanse partidarios de la reforma de Arnaldo de Brescia, valdenses, judaizantes, anabaptistas, comunistas, cataros. Milan brillaba en Lombardía, cual Tolosa en